

dentro de él todas las reliquias del gran capitán. En otras salas se conservan con igual cuidado: el uniforme de parada, que pocas veces vistió el que no fué general de parada (tan ricamente bordado en Lima, como sólo se bordó otro para Bolívar); sus veneras, medallas y condecoraciones; sus pistolas y otras armas, pero sobre todas, la reliquia de mayor importancia del protector: *su corvo sable de los Andes*, que brilló sobre las altas cumbres como la más resplandeciente aureola de gloria.



El general San Martín en su lecho de muerte



## EL PRIMER GOBERNADOR DEL CHACO

### I

.....  
Ocho días después volvimos á hacerle nuestra primera visita en el cementerio.

Ya no resonaba el último cañonazo de la salva, ni la campanita cuyo lúgubre tañido doblaba tristemente.

La marcha fúnebre que parecía contagiar con lágrimas á los acompañantes no se oía ya. Pero aquel mustio ramito de violetas dejado entre el candado de la reja cerrada sobre sus restos, nos impresionaba.

Las grandes coronas, la multitud de flores de otras provincias, en todo el trayecto de esa larga vía dolorosa que los amigos de su última hora recorrieran conduciendo sus restos, todos esos recuerdos de amistad se hallaban bajo tierra. Sólo aquellas marchitas violetas, como saliendo de ella, palidecían inclinándose, postrera ofrenda de una pobre.

La mañana siguiente del entierro, á una mujer sin luto, mal vestida, hincada sobre el blanco mármol, se le había oído rezar largo tiempo en entrecortados sollozos.

—No tengo más, dijo al guarda. Vengo de muy lejos..... Me dicen que ayer le enterraron..... Creí llegar á tiempo..... Al entrar en el cementerio me ofreció la vendedora ese ramito..... Pedía veinte centavos..... La chica ha sido muy buena..... No me quedaban más que diez..... Ella lo cedió, al saber que eran para un muerto..... Con reconocimiento lo he puesto en la barra que cierra el sepulcro de la familia..... Esta es rica, sin duda, y sus amigos numerosos. ¿Dónde habrá llegado el general que no se haya hecho querer? ¡Era de tan buen corazón! Me cuentan que numerosas coronas adornaban el féretro, pero entre todas sus flores no habrán sido otras ofrecidas con más sinceridad.....

—¿Y conocía la pobre de las violetas al hombre cuyos restos han sido depositados aquí?—preguntamos al que hacía tan sencillo relato.

—Sí que le conocía, y también toda su historia, referida con emoción y corriéndole lágrimas, la oímos igual á lo que después otros repitieron.

Dijo que por el general había recuperado su madre, y que rescatada entre las cautivas, vivía hoy con los suyos. Y entonces contó esta melancólica historia.

Poco después de la muerte del cacique Rubio, en el Chaco, se presentó á la carpa del jefe una madre afligida en busca de su hijita, sobre quien le daban noticias haber aparecido en la *chusma* enviada á Resistencia.

—Si no es india, decía, para que la repartan y la hagan esclavita; es mi hija, y rubia y blanca, y linda como mi hombre, el teniente Cabral, muerto en la misma invasión que me la llevaron.

Y cuando, consolada por el general, la recomendó á sus ayudantes para que le buscaran la chica, ya navegaba ésta aguas abajo, con otras hijas sin madre, en un lote de carne humana enviada por el capitán del Puerto á la familia de su jefe.

—Fué tan bueno el general—agregaba la pobre muchacha de las violetas,—que no paró hasta descubrir dónde fui á dar. Entonces llamó á mi madre, dándole auxilios y pasaje desde Resistencia para que saliera en mi busca.

Meses después la encontró de regreso en el Puerto, toda llorosa y afligida.

—¿No has dado con tu hija?—preguntó.

—Sí, señor, pero no me la quieren devolver. Dicen que es india, que es cautiva, que el Gobierno ha dispuesto, ya que no se mandan los pobres á la frontera á cuidar vacas de los ricos, se quiten las hijas de los pobres de la frontera para regalarlas á las ricas de la ciudad.

—¿Quién te ha dicho tamaña barbaridad?

—La señora del ministro, que no me quiere dar mi hija porque á su lado está mejor, que ella le va á enseñar y que se encuentra muy bien, según dijo, por más que mi hijita se agarraba de las polleras y lloraba á gritos por venirse conmigo.

Y notas van y notas vienen reclamando lo que nunca llegaba, hasta que, ante la desesperación de una madre deshecha en lágrimas por la hija cautivada por indios y robada por cristianos, se embarcó un día el mismo general, presentándose en el ministerio con mi madre, y prosiguiendo el reclamo y la de otros cristianos é indiecitas. El se enajenó la voluntad del superior inmediato, pero más de una madre recuperó su hija.

—¿Y conocía usted al general?—interrogamos al guardián.

—De memoria lo he aprendido en estos días. Un fraile misionero que vino dijo: «No oía muchas misas, pero hacía obras de caridad á su modo. De mi comunidad puedo decir que, si tenemos la iglesita más avanzada en el desierto, es por sus auxilios. No sólo en la frontera de Río IV y en Goya inició la renovación de iglesias, sino en Reconquista y Resistencia las edificó desde los cimientos.»

—A su lado recibí un balazo—contaba un viejo inválido—en la batalla, que al caer en sus brazos el general Conesa, me tiró el comandante su poncho para que me fajara esta pierna, que desde entonces pesa una onza más, porque la llevo de plomo paraguayo.

—Dios le tenga en la gloria, que á faltarme su protección hubiera quedado sin marido y sin viudedad, cuando mi Lucho cayó con la bandera del Cuatro—contaba una pobre mujer á otro melencólico, que refería lagrimeando:

—Si yo sé leer y he podido educar á mis hijos, es porque este buen hombre me obligó á ello, para hacerme sargento, enseñándome en la escuela del escuadrón de gendarmes, cuando no la tenía ningún otro cuartel.

—Le debo el ser cristiano á D. Manuel, pues si cuando tomó al cacique Rubio no me separa de su *chusma* hubiera, seguido salvaje como nací—agregó otro.

—¿Que si era guapo?—preguntó un chiquillo al viejito que acompañaba.—Muchos son los actos que de su valor se recuerdan. Le vi en una batalla, abandonado por algunos de sus soldados que dieron vuelta, tratando de detenerlos á caballazos. La bala de cañón que le mató el pingo, arqueó su espada del cimbrazo sobre el anca, y dejándola como tirabuzón imposible

de sacar de la vaina. A pie y casi desarmado en medio de los que huían, hacía frente al enemigo. Un sargento de Arrecifes que le quería mucho, dió vuelta á su caballo gritándole: «*Salte, mi capitán, que los dos nos salvaremos ó moriremos juntos.*» Al montar se le cayó la lanza, y recordando que el ministro de la Guerra, su tío el Dr. Obligado, al regalársela dijera bromeando al novel capitán: «*¡Cuidado con perderla!*» se bajó por ella. «No se detenga, señor, que nos traen cortitos y nos van á cortar, le gritaban. —Yo no pierdo mis armas,» contestó, saltando por segunda vez en ancas. Ya un gaucho le alcanzaba con tan certero tiro de bolas que, á no poner la lanza tras las patas del caballo, hubiéranse enredado en ellas. Golpeándose la boca, siguieron burlando al enemigo.....

Tres días después se presentó con su escuadrón rehecho, y dos meses más tarde fué éste el primero que se entreveraba, sorprendiendo el campamento enemigo. El coronel Gainza conservó su espada en la Inspección de Milicias, de que fué secretario su dueño. El general Flores se llevó la lanza como recuerdo de uno de sus bravos oficiales.

## II

«Muy querido debió ser este militar que yo no conocí,—agregaba el guardián,—pues desde que le enterraron no he pasado una vez por su sepulcro sin encontrar ya rezando ó llorando, hincados los que tenían con qué hincarse, ó en cabeza descubierta más de un inválido con muletas: chinos, morenos, paisanos ó antiguos soldados, en quienes no eran fingidas sus lágrimas y su pesar, como no lo fué sin duda el afecto paternal con que á todos ellos amparaba el General, según lo recordaban.»

Sencillo y modesto, de carácter alegre y franco, alejado de toda ostentación, haciendo el bien por el placer de hacer bien, sin esperar recompensa, benéfica é interesantísima fué la carrera de este honrado militar y distinguido ciudadano. Tenía una exquisita sensibilidad para toda ajena angustia, y así cruzó como héroe de caridad, repartiendo auxilios y consuelos entre sus soldados y multitudes apestadas á la aparición del cólera y la fiebre amarilla. El canónigo Argañaraz recordaba hace poco que sin sus soldados, á quienes él daba el ejemplo personal tomando la pala el primero, no hubiera habido ni quién enterrara los muertos en Córdoba durante la gran epidemia.

Tomó parte en todas las campañas de su época, siendo de los primeros que marcharon á la del Paraguay y uno de los pocos jefes que no volvió, en sus cinco años, siguiendo veinte más en las fronteras, por lo que fué

más conocido en los campamentos que en las antecámaras de los ministerios.....

Así el general D. Manuel Obligado, de antigua familia patricia, por la sencillez de sus maneras y carácter independiente, franco y expansivo, supo atraerse muchas simpatías aun en críticas circunstancias de mando superior.

Alto, moreno, su rostro afable era animado por vivísima mirada de grandes ojos negros. De maneras desenvueltas, de verba incansable, activo, acelerado, su larga pera á la francesa, acentuaba aire arrogante á tan marcial figura, sobre la que atraía las miradas, como sobre las numerosas medallas, escudos y cordones que adornaban el uniforme de general.

Más de dos tercios de su vida consagró á la carrera militar en activo servicio, tocándole siempre la vanguardia en Pavón, Cañada de Gómez, Pehuajó, Paso de la Patria, batallas del dos de mayo, Estero Bellaco, Tuyutí, Boquerón, Curupaití, Azcurra, campaña del interior y otras.

Soldado de la ley y sostén del orden constitucional, contribuyó al aniquilamiento del caudillaje. En los breves entreactos de lucha fué su descanso, como soldado del progreso, iniciar colonias que ya son pueblos florecientes. Dilató las fronteras en Córdoba y Santa Fe, fundó las de Reconquista, Avellaneda, Víctor Emmanuel, Las Garzas, Ocampo, Las Toscas, Florencia, San Antonio, Resistencia, Timbó. Creador del cuerpo de gendarmes, comandante del 4.º, jefe de Frontera, gobernador del Chaco, Inspector general de caballería, subsecretario del ministerio de la Guerra, ministro accidental, por todas partes donde pasó, huella palpable ha dejado de su espíritu progresista, emprendedor, entusiasta y sinceramente patriota.

Acciones descolantes que brillaron su foja militar, fueron recordadas en la oración fúnebre del jefe de Estado mayor, general Capdevila, como en los discursos del ministro Alcácer, comandante Wappers, y la prensa de Santa Fe (donde falleció), Corrientes, Rosario, Córdoba, Buenos Aires, etc., etc.

Y este honrado y valiente militar, lleno de ilustración y abnegación, supo algo más que alinear soldados que condujo á la victoria. Creó escuelas, erigió templos, fundó pueblos, descautivó cristianos, civilizó indígenas, defendió la patria, ensanchó sus campos, dilató sus fronteras, difundiendo el mayor bien á su alcance.

Tuvo buenos y numerosos amigos, pero aquel abnegado hermano de armas en su primera campaña, no sólo fué sombra benéfica extendida á lo largo de toda su vida, siguiéndole con el más generoso cariño por todas partes el leal y bondadoso Tulio Méndez, sino el amigo de última hora

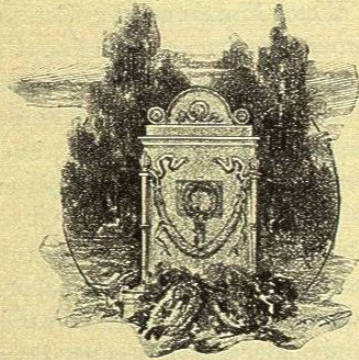
que corrió á consolarle, cumpliendo la promesa de cuarenta años de amistad de acudir á cerrarle los ojos en cualquier extremo en que se encontrara.

¡Nobilísimo ejemplo de sublime amistad!

Hombre de gran corazón, era todo un carácter en todas las circunstancias de la vida, y para que no muriera en el desamparo del campamento, preciso fué telegrafiarle orden perentoria de bajar á la población inmediata.

¡Cuántos años ha que voló su espíritu á la gloria!.... Cual el perfume de esas mustias violetas palideciendo sobre su lápida, que pronto se desvanece, así el de las buenas acciones!....

*Sic transit!....*



## LA TRADICIÓN DE LA MERCED

### I

No sólo en Lima hubo contienda intrincada, por largos años, sobre qué comunidad era más antigua y si primero llegaron hábitos blancos ó grises.

En Chile, como en Méjico y en todas las capitales de la América española, desde su primera traza señalóse solar central para conventos de franciscanos, dominicos y mercedarios.

Si con limosnas que recolectara la orden mendicante se habían de levantar iglesias, la propaganda de predicadores adoctrinaría los primeros neófitos, y objeto era de la última redimir á quienes los salvajes cautivarán.

Detrás de éstas colábanse por su cuenta agustinos, belemitas, titianos, y sobre todo jesuitas.

Cierto es que en 1598 cansados estaban los buenos mercedarios de asistir enfermos y redimir cautivas; pero la verdad es que el primer corona que llegó á esta tierra fué el capellán de D. Pedro de Mendoza, fraile franciscano.

Fray Pedro López Valero, primer comendador de la Merced, ascendió por sus muchos trabajos en la edificación de los monasterios de la orden,